

hablo del drama moral, tan profundamente cruel, que precede á ciertos suicidios. Ignoro si otro drama en los hechos externos correspondió á la triste evolución interior. Es probable que no se averigüe jamás, y que si algunas personas lo saben, guarden esa religión del secreto que es el último homenaje á la memoria de un desventurado. Cuéntase que el suicida, sin explicar los móviles de su acción, dejó escrito un concepto sepiario: «He estado loco toda mi vida, y me mato por eso.»

¡Loco toda la vida! Sí, hay horas y momentos en que el hombre repasa su existencia entera y la juzga de una sola ojeada, á la luz de una hoguera ó de un relámpago. Sus ilusiones y sus ensueños — esa tela de la cual según Shakespeare está tejida la vida humana — se le figuran entonces acceso de prolongadísima fiebre, sufrido desde la cuna y conocido sólo al borde del sepulcro. ¡Qué! ¡Todo cuanto parecía razón poderosa y única de permanecer en el mundo, era mentira, era espejismo falso, era, en suma, demencial! «He estado loco toda la vida...» Confesión de tan terrible amargura es sin duda la fórmula de las grandes desesperaciones incurables, y mejor que un relato largo y circunstanciado, explica el estado de alma que determina actos como el de ese joven infeliz...

Y la gente, atónita como siempre que debajo de las ropas ve funcionar el mecanismo de un corazón torturado, comenta el hecho con más asombro que pena. «¡Si yo le vi anteayer!» «¡Si le encontré en la calle de Alcalá no hará quince días!» «¡Si hablaba como de costumbre!» «No, yo le noté algo descuidado... Parecía que no se había afeitado y llevaba la corbata mal puesta.» Breve recuerdo, algunas palabras de simpatía... y se acabó: el círculo abierto en el agua por la leve caída de una arena se cierra con rapidez. El olvido llega desde el primer instante, entre el remolino y el hervidero de los sucesos frívolos ó graves que se escalonan en una sola jornada en la corte.

Sin duda es terrible el momento en que, voluntariamente, el hombre extingue la llama de su vida; pero al cabo, es un momento. La estación del suicidio en la mente: he ahí lo infinito del dolor. No han estudiado bien los psicólogos fenómeno tal, acaso por falta de datos y por el hosco silencio y reserva que ciertos pensamientos determinan. De los novelistas modernos, tal vez sea Eduardo Rod quien con más lucidez analiza los prodromos de la enfermedad del suicidio. Y á fuer de analista concienzudo y delicado, Rod reconoce la alternativa de momentos negrísimos, infernales, y momentos en que la idea de cerrar los ojos y reposar produce una especie de placer extraño y hondo. Las apreciaciones de Rod las he visto confirmadas por las confidencias de una pobre muchacha que casi puede decirse que regresó del otro mundo, salvándose por casualidad de una muerte muy bien dispuesta. Confidencias que no se olvidan nunca, porque sangran verdad.

**

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hace dos días trajeron los periódicos la escueta noticia del suicidio de un capitán de ingenieros joven aún, persona conocida en los círculos de la buena sociedad, que solía frecuentar, aun cuando no fuese de esos que, como dicen, «están en todas partes.» Su resolución de morir era tan redonda, que se disparó cinco tiros seguidos en la cabeza; los cuatro primeros no hicieron blanco — tal vez por involuntario temblor de la mano que oprimía el gatillo, — pero al quinto la bala traspasó el cerebro y salió, dejando al desesperado un resto de vida, extinto á las pocas horas.

Nadie sabe ni aun sospecha las causas que pudieron impulsarle. No tenía vicios: era morigerado: no se le conocían pasiones: ninguna de las grandes luchas humanas le había atraído. Su carácter aparecía sellado por una melancolía mansa y una dulzura modesta. No era esclavo del interés ni de la vanidad, y se le podían atribuir dos cualidades muy simpáticas: la mesura y el pundonor. Entre el grupo de «muchachos» que encontramos durante el invierno casi una vez al día en el paseo, en el teatro ó en las reuniones, se distinguía por atento y respetuoso con las mujeres, por enemigo de exhibirse; se retiraba discretamente, sin ruido; no se imponía, y la frase usual para designarle era: «¡Qué buen chico!» Algunos añadían: «Sosito, pero excelente.»

**

Dijérase que en el cuadro de su vida no podía encerrarse el drama. Sin embargo, el drama llegó;

Cosas menos tristes: la cuestión de los sombreros en el teatro. Voto y he votado siempre en contra de mi sexo... y de los sombrereros, cuya industria será todo lo respetable que se quiera, pero no debe ser antepuesta á la comodidad y á los derechos del público. No concibo que las señoras se resistan á medidas tan lógicas y justificadas como la que adoptó el Sr. Lacierva y que, con transacciones que no apruebo, va sosteniendo el conde de San Luis. Transacción es la distinción entre conciertos y espectáculos, porque en los conciertos toman parte á veces masas corales, y puede interesar ver el rostro de las artistas. Además, en estas cuestiones en que hay mar de fondo y se hace presión sobre los que establecen una disposición acertada, nunca se debe ceder: la primer concesión es un compromiso adquirido y una puerta abierta al restablecimiento del abuso. Cuando hayan transcurrido dos años de concurrir al teatro sin sombrero, como se hace en Francia y en todas partes, ya á ninguna señora ni á ningún comerciante en pamelas se les ocurrirá reclamar. Siempre que se ha construido un ferrocarril, han chillado los galereros, los carromateros, los mesoneros, y sin embargo, ¡adelante con la vía férrea!

**

El pensamiento del centenario de Cervantes ha provisto como en yasca la llama; á esta clase de movimientos colectivos, de entusiasmo y fiesta, está

siempre bien preparada la opinión española. No nos obliguen á reflexionar ni á definir; aplaudir sí, aunque ignoremos lo que nos impulsa al aplauso. El Centenario traerá consigo un derroche de luminarias, percalina, músicas y fanfarrias; pero si se quiere que deje un rastro de cultura, un surco de regeneración, convendrá que Cervantes y su obra sean, después de los festejos, admirados más á conciencia. En el culto de los grandes hombres no concibo la fe del carbonero, sino el *racional obsesivo* que sabe por qué y cómo eleva al pie del altar su oración.

El examen razonado de Cervantes es tanto más útil, cuanto que al estudiarle estudiamos varios aspectos de nuestra raza y nos reconocemos en él con nuestras cualidades y nuestros defectos. Yo no lo puedo remediar: tengo siempre miedo, aquí, al exceso de las apoteosis; tengo miedo á los genios convertidos en santos y en profetas (recuérdese el caso de Cristóbal Colón) y á esas corrientes de elogio incondicional y desmedido, en las cuales nos bañamos como en agua de rosas, declarando, al salir del baño, que el pueblo que ha producido á Cervantes es, en toda ocasión, el primer pueblo del mundo, y que Cervantes es, en el mundo, el primer escritor de cuantos produjeron los siglos.

**

Cervantes es muy grande: es sin género de duda nuestro *genio* literario nacional: está más arriba que la famosa trinidad dramática de Calderón, Lope y Tirso: está más arriba (por su plenitud de humanidad, no ciertamente por su perfección) que los Luises y Santa Teresa. Celebrar á Cervantes pareceme de perlas; pero en forma *didáctica*, es decir, sacrificando el ruido á las nueces, y procurando que el Centenario infunda en la multitud de los que á Cervantes no conocen, y aun de los que creen conocerle, una idea más clara de lo que fué el Manco y de lo que valen y representan, en el mapa del espíritu, las tierras por él conquistadas.

**

Y debe propagarse también, resueltamente (por que es una firme regla de cultura), la convicción de que á Cervantes y á todo genio cabe *criticarlo*, es decir, hacer su crítica, medir sus proporciones, contrastar sus quilates, señalar los límites de su influjo y su puesto entre la pléyade de genios que produjo la humanidad y que produjo España misma. Yo le creo el mayor de los nuestros; descuello, no cabe duda, sobre todos; mas no por eso considero enteramente justificado que sea el único que ha trastornado las cabezas y determinado ese curioso fenómeno que se llama *cervantismo*, y menos la forma de absoluta adoración que reviste. El dogma de la infalibilidad de Cervantes no puede sostenerse, y cae por su base solamente con revisar á Clemencin. Es preciso que, desde afuera, no se crea que alzamos un ídolo, sino que elevamos, sabiendo la razón, un altar á un genio. Y para esto, convendría empezar ya á explicar á Cervantes y su obra en ateneos, aulas y conferencias populares.

**

A propósito, recuerdo un incidente que me refería anteayer D. Juan Valera. Decíame el autor de *Pépita Jiménez* que el Sr. Fitzmaurice Kelly, inglés historiador de nuestras letras, ha emprendido una traducción y no sé si comentario de *Pérsiles y Segismunda*. Adelantada ya su labor, el Sr. Fitzmaurice escribió á Valera, confesándole que no podía soportar la lectura de esta obra de Cervantes. Valera le contestó: «A mí me sucede exactamente lo mismo.»

Ahora bien: es más claro que la luz que Fitzmaurice se puso á traducir *Pérsiles* sin conocerlo, movido por el supuesto de que en siendo fruto del ingenio de Cervantes tenía que merecer, no traducciones, loores en cualquier idioma. — Ahí se demuestra cómo el tributo de admiración requiere ojos, cómo en Cervantes hay que discretar y distinguir muchísimo, cómo el primer elemento de una consagración es el examen, cómo Cervantes (ahora, primer síntoma lamentable, dan en llamarle *don Miguel*) será mejor venerado si llega á ser mejor comprendido, y si de él, sin miedo ni falsos respetos, apartamos del barro el oro.

EMILIA PARDO BAZÁN.